

Edward Howells and Mark McIntosh. Editors. *The Oxford Handbook of Mystical Theology*. Oxford: Oxford University Press, 2020. 720 pp. ISBN: 9780198722380. Cloth: £110

Reseñado por MIGUEL ESCOBAR TORRES
Universidad Rey Juan Carlos de Madrid
miguel.escobar@urjc.es

Otros manuales similares han sido publicados en los últimos años, como el correspondiente a la teología católica, la teología sacramental o la eclesiología, lo que muestra la revivificación de una ciencia como la teología, que parecía agonizante, si no ya sin vida, que se postula clave, por un lado, para la posmoderna superación de la metafísica, y por el otro, para el redescubrimiento de una sabiduría no-moderna que permita superar el *impasse* de una filosofía posmoderna que, a pesar de sus esfuerzos, se acaba convirtiendo en una “ultra-modernidad” por no querer renunciar a la racionalidad secular. El presente volumen, no obstante, adquiere una especial relevancia en relación con los otros mencionados, y esto es así principalmente por dos razones. En primer lugar, porque, como acertadamente revela Mark MacIntosh en su capítulo, la teología mística se sitúa en el corazón mismo de la teología. Se trata, por tanto, de un redescubrimiento del corazón de la teología: la mística late – debe latir – en todas las ramas de la teología, en todas las “subespecializaciones” que surgieron en la época tardomedieval, al inicio de la modernidad. La separación de la mística como una rama exclusiva de la teología que tiene su propio ámbito de aplicación provoca un “enfriamiento” de las demás ramas teológicas, que pierden su fuente de vida al serles extirpado el corazón que las vivifica. Así, tanto la mística como la teología quedan desdibujadas y desprovistas de su sentido más genuino. En segundo lugar, porque la expresión “teología mística” por sí misma supone un desafío para la mente moderna. Quien se sustrae a los errores de la filosofía moderna y enraíza su pensamiento en las obras de los Padres de la Iglesia, tanto latinos como bizantinos, son capaces de identificar el problema de la división entre teología y mística. Vladimir Lossky, teólogo ortodoxo del siglo XX, explica muy bien esta cuestión al comienzo de *Teología mística de la Iglesia de Oriente*. La expresión “teología mística” genera, por tanto, desconcierto en el lector moderno acostumbrado a distinguir la teología, una especulación racional, fría y de límites más o menos férreos, de la mística, de carácter individual, subjetivo, aun caracterizada por un excesivo “entusiasmo”. La publicación de un manual sobre teología mística sin lugar a dudas constituye una declaración de intenciones, pues busca desmontar esa aparente contradicción de raíz moderna. El volumen es una invitación a rastrear los orígenes de nuestras concepciones sobre teología y mística, a realizar una tarea arqueológica que se remonte no sólo a una teología de corte escotista, sino, incluso más allá en el tiempo, volviendo sobre un autor como Dionisio Areopagita, a quien pertenece la expresión. El retorno a los padres, con especial atención a los padres griegos, invita asimismo al diálogo ecuménico con la ortodoxia de Oriente, lo que resulta visible en la misma lista de colaboradores, en la que podemos encontrar autores tanto occidentales, católicos y protestantes – Jean Luc Marion y Rowan Williams, entre otros –, como ortodoxos, destacando las figuras de Andrew Louth o Aristotle Papanikolau. El objeto de este volumen, en

suma, es redescubrir el lugar de la mística y devolver a la teología el corazón que en tiempos modernos le fue arrebatado.

Ya el propio Urs Von Balthasar, ilustre teólogo católico, confesó que toda su obra debía ser concebida como un prolegómeno a la obra mística de Adrienne Von Speyr. En efecto, había que devolver la calidez del encuentro con Dios a la especulación teológica, pero también es urgente desenmascarar el concepto moderno de mística y redescubrir, como señala MacIntosh, su genuino y profundo vínculo con la Escritura, la Creación y la liturgia. Se trata de devolver a la mística su lugar central no sólo en la teología, sino también en el cosmos y, en última instancia, en la Iglesia misma. La mística no constituye una excepción en la vida de la comunidad eclesial, como el corazón no constituye una excepción en el funcionamiento del cuerpo humano.

Desafiando la simple y distorsionada visión que la Ilustración tiene de la mística como la manifestación de un “fanatismo irracional”, por usar la expresión de Bernard McGinn, o un exceso patológico llamado “enthusiasmus”, por usar el término de More y Casaubon, Edward Howells emprende la difícil tarea de tematizar la experiencia mística, reflejando la riqueza poliédrica de ésta, pues la peculiaridad de los diferentes testimonios dados a lo largo de la historia nos advierte de que constituiría un error reducir tal experiencia a un único modelo válido y universal. En efecto, tanto la experiencia dramáticamente sentida por san Agustín en Ostia como la negatividad de la desposesión de Meister Eckhart, la respuesta a la lectura de la Escritura de san Bernardo de Claraval y el éxtasis de santa Teresa deben ser considerados como genuinas experiencias místicas. Éstas, además, varían en función de la época y la tradición en que se inserta, como nos relata McGinn en su breve análisis de las tradiciones patrísticas y monacales occidental y oriental, y las vertientes dionisiana, franciscana, vernáculos tardomedievales, protestante y católica reformada, entre otras, hasta alcanzar las perspectivas contemporáneas acerca de la mística, cuestión estudiada por M. C. Lucchetti Bingemer.

Sin embargo, el estudio de la experiencia mística corre el serio peligro de caer en una perspectiva meramente psicologista e individual, ignorando, a veces de manera ciertamente premeditada, la dimensión comunitaria asociada a la liturgia, la vida eclesial y el dogma, así como el carácter externo de la comunión con la tierra y la creación. Así, el teólogo ortodoxo Andrew Louth rompe los límites modernos en su capítulo sobre la mística y el misterio litúrgico, reuniendo dos dimensiones que, aunque debieran ser inseparables en esencia, lo cierto es que la consideración espiritualista del ritual como mero atrezo exterior provocó un divorcio que no sólo supuso una pérdida de sentido del ritual mismo, sino también de la mística, que quedó volcada hacia el interior como experiencia de una suerte de *res cogitans* cartesiana movida por el *enthusiasmus*. Por otro lado, Boyd Taylor Coolman sostiene que la teología mística no alude a un camino privado, aislado e individual, pues la dimensión comunitaria es esencial: se trata de una “ciudad de Dios” (San Agustín) en peregrinación hacia Dios. El descubrimiento de esta comunidad se pone de manifiesto asimismo, como apunta Charlotte Radler, en la profundidad, el abismo, el fundamento, lugar en que la teología mística desentraña el vínculo primordial con Dios,

el prójimo y el vasto universo. La teología mística, por tanto, tampoco puede desentenderse de la creación. David Albertson, en este sentido, alude con buen criterio a una teología catafática como la de Hildegarda de Bingen, cuyas lúcidas experiencias visionarias revelan un marcado carácter espacial. Kevin Hughes, por su parte, pone de manifiesto la intrínseca relación entre la teología mística y la exégesis bíblica, que pasó de constituir un proceso transformativo de carácter mistagógico en el que entraban en juego el sentido literal (*lettera*), la alegoría (*allegoria*), la moral (*moralia*) y la anagogía (*anagogia*) a fragmentarse esta unidad en la época tardomedieval, convirtiéndose la exégesis en una actividad profesional y la mística en una mera experiencia subjetiva del alma. Hughes redescubre, siguiendo a Escoto Eriúgena, que la Escritura es el *locus* del encuentro entre el texto y el corazón, como la tumba vacía de Cristo (Jn 20, 12), en que tiene lugar el encuentro con los misterios de la humanidad y divinidad del Logos encarnado. Del mismo modo, la teología mística no puede prescindir de la ascesis, tal como muestra Luke Dysinger, siguiendo la tradición de los Padres del desierto, en especial Evagrio Póntico, quien traza un camino espiritual cuyo inicio es una práctica ascética (*praxis*) entendida como medio para alcanzar la contemplación de las realidades inteligibles (*theoria*) y, en última instancia, alcanzar la unión con Dios (*theosis*) por la gracia. Ni de la oración, como pone de manifiesto Peter Tyler a partir de Thomas Merton, Edith Stein, Santa Teresa y San Agustín. Asimismo, la relación entre la teología mística y la visión es estudiada por Patricia Zimmerman Beckman, que hace alusión al carácter visionario de Hildegarda de Bingen, así como también a la obra de la beguina Matilde de Magdeburgo. El carácter literario de los textos místicos, fuentes principales del estudio de la mística, es, por su parte, tematizado y analizado con detalle por Rob Faesen y Alexander J. B. Hampton.

La tercera parte del volumen estudia de manera extensa la relación de la mística con las diferentes “subespecializaciones” de la teología. Así, se pone de manifiesto, como señalaba Mark McIntosh, que la teología mística no es como tal una subespecialización de la teología, sino una especie de nodriza que alimenta a todas las demás, infundiéndoles vida. La teología mística está presente, por tanto, en la teología trinitaria, la cristología, la pneumatología, la teología de la creación, la antropología teológica, la eclesiología o la escatología, entre otras. En este último bloque también podemos encontrar la contribución filosófica de David Tracy, que tematiza la relación entre metafísica, teología y mística, la reflexión de Jean-Luc Marion en torno a la mística y la perspectiva ortodoxa de la *theosis* de Aristotle Papanikolaou. Por otro lado, tampoco hay que ignorar la relevancia de la teología mística para el diálogo interreligioso, así como su influjo en la vida social, estudiados por Michael Barnes y Ann W. Astell, respectivamente.

En resumen, el manual de Oxford sobre la teología mística no sólo ofrece un estudio amplio y diverso de la cuestión, como es usual en estos volúmenes, sino que, ya desde la expresión dionisiana que da título al libro, supone un reto a la mentalidad moderna dominante y arroja luz sobre la confusión que reina tanto en relación con la mística como con la teología. Se trata, en definitiva, de una declaración de intenciones que marca la senda de una teología que se postula como madre de todas las ciencias, y de una mística que no se opone a la teología, sino que, al contrario, se revela como el propio corazón de ésta.